

III Concurso Regional de Lectura en Público

Categoría A: Primaria individual

“La historia del Señor Sommer” (Patrick Süskind)

De manera que tocamos un estudio de Diabelli a cuatro manos, la señorita Funkel, a la izquierda, los graves y yo, a la derecha, con las dos manos al unísono, los agudos. Durante un rato, todo fue como una seda. Yo me sentía cada vez más seguro y daba gracias a Dios por haber creado al compositor Anton Diabelli, pero, con la euforia, olvidé que la pequeña sonatina en sol mayor tenía notación y marcaba al principio un fa sostenido; esto significaba que, a la larga, no podías pasearte tranquilamente sólo por las blancas sino que, en determinados pasajes, sin más aviso, tenías que pulsar una negra, precisamente el fa sostenido que estaba justo debajo del sol. La primera vez que en mi parte apareció el fa sostenido, no lo reconocí, pulsé la tecla de al lado y di un fa, desafinando lamentablemente, como todo aficionado a la música puede imaginar.

- ¡Típico! – resopló la señorita Funkel, interrumpiéndose-. ¡A la primera pequeña dificultad, el señor falla! ¿Es que no tienes ojos en la cara? ¡Fa sostenido! ¡Aquí está bien claro! ¿Lo ves? ¡Volvamos a empezar! Uno-dos-tres-cuatro....

Aún hoy no acabo de comprender cómo pude cometer la misma equivocación la segunda vez. Probablemente estaba tan atento a no fallar que imaginada un fa sostenido detrás de cada nota. Si de mí hubiera dependido, no hubiera tocado más que fas sostenidos desde el principio, y tenía que hacer un esfuerzo para contenerme. Fa sostenido todavía no....todavía no...Hasta que, al llegar el momento, volví a tocar un fa en lugar de un fa sostenido.

Ella se puso colorada como un tomate y empezó a chillar: “¡Pero será posible! ¡Fa sostenido he dicho, por todos los diablos! ¡Fa sostenido! ¿Es que no sabes lo que es un fa sostenido, zoquete. ¡Escucha! –deng-deng. Y, con un índice que, tras décadas de enseñanza, tenía la yema tan aplastada como una moneda de diez pfennig, pulsaba la negra que estaba al lado del sol-. ¡Esto es un fa sostenido...!-deng-deng-.Esto es... –Entonces tuvo ganas de estornudar. Estornudó, se pasó rápidamente el mencionado dedo índice por el bigote y pulsó la tecla otras dos o tres veces mientras chillaba-: ¡Esto es un fa sostenido, esto es un fa sostenido...! Luego, se sacó el pañuelo de la manga y sonó.

Yo me quedé mirando el fa sostenido y me puse blanco. En el borde de la tecla había quedado un moco fresco, reluciente, entre verde y amarillo, de un dedo de largo, ancho como un lápiz y retorcido como un gusano que, con el estornudo, habría pasado de la nariz de la señorita Funkel al bigote, luego, al limpiarse, del bigote al dedo y del dedo al fa sostenido.

-¡Otra vez desde el principio! – gruño la voz a mi lado-. Uno-dos-tres-cuatro...-y empezamos a tocar.

Los treinta segundos siguientes fueron los peores de mi vida. Yo notaba que la cara se me quedaba sin sangre y que la nuca me sudaba se angustia. Se me erizaba el pelo, las orejas me ardían, luego se congelaba y al fin se quedaban sordas, como si me las hubieran tapado, de tal modo si me las hubieran tapado, de tal modo que apenas oía ya la graciosa melodía de Anton Diabelli que yo tocaba mecánicamente, sin mirar la partitura. Era la tercera vez y los dedos se movían solos; pero yo, con ojos muy abiertos, miraba la fina tecla negra al lado del sol que tenía pegado el moco de Marie-Louise Funkel... todavía siete compases, seis... imposible pulsar la tecla sin apoyar el dedo en el moco... todavía cinco compases, cuatro... pero, si no la tocaba y, por tercera vez, tocaba un fa en lugar de un fa sostenido, entonces...tres compases...¡oh, Dios mío, haz un milagro! ¡Di algo! ¡Haz algo! ¡Que se abra la tierra! ¡Destruye el piano! ¡Haz que el tiempo corra hacia atrás para que yo no tenga que tocar el fa sostenido!... dos compases, uno... y el Buen Dios callaba y no hacía nada, y el último y terrible compás había llegado, compuesto, todavía lo recuerdo, por seis corcheas que bajaban del la hasta el fa sostenido y una semicorchea que desembocaba en el sol... y mis dedos bajaron por la escala de corcheas como en un infierno, re-do-si-la-sol..
"¡Ahora fa sostenido!", gritó la voz a mi lado... y yo, sabiendo perfectamente lo que hacía, con absoluto desprecio de la muerte, toqué fa.